Viernes Santo: Levántate en el dolor

Hoy es el día de la pasión y muerte del Señor. No hay eucaristía, no suenan las campanas... la tierra está de luto, porque hoy muere su Creador.

Levántate, antes de que el gallo te denuncie tu negación (Mt 26,69-75)

Pedro estaba sentado fuera en el patio; y una criada se acercó a él y le dijo: «También tú estabas con Jesús el Galileo.» Pero él lo negó delante de todos: «No sé qué dices.» Cuando salía al portal, le vio otra criada y dijo a los que estaban allí: «Este estaba con Jesús el Nazareno.» Y de nuevo lo negó con juramento: «¡Yo no conozco a ese hombre!» Poco después se acercaron los que estaban allí y dijeron a Pedro: «¡Ciertamente, tú también eres de ellos, pues además tu misma habla te descubre!» Entonces él se puso a echar imprecaciones y a jurar: «¡Yo no conozco a ese hombre!» Inmediatamente cantó un gallo. Y Pedro se acordó de aquello que le había dicho Jesús: «Antes que el gallo cante, me habrás negado tres veces.» Y, saliendo fuera, rompió a llorar amargamente.

Después de que Jesús fuese apresado en el huerto, la mayoría de los discípulos se ha levantado para huir, abandonar... y también traicionar en cierto sentido, a Jesús. Le han dejado solo. Únicamente dos discípulos, Pedro y Juan, se han atrevido a acercarse a donde se han llevado a Jesús. Se encuentran en el patio del Sumo Sacerdote, siguiendo el juicio desde fuera, y a Pedro casi lo identifican con uno de sus discípulos. Pedro no quiere negar al Maestro, solo quiere defender su vida... todo es confuso, ya no se acuerda de lo que le dijo en la cena, solo unas horas antes.

Si hubieras estado tú ahí, quizá también habrías dicho que no lo conocías... como tantas veces te ha podido pasar en la universidad, en el trabajo, con tu familia, con tu pareja... Es difícil seguir a Jesús. Y Jesús lo sabe: se lo advirtió a Pedro, pero no pudo evitarlo. Una vez que ha pasado, ya solo queda el perdón, mirarle con cariño, y dejar que sus lágrimas sanen la herida de su corazón. ¡Bendito gallo que le despertó aquella noche!

¿Te sientes orgulloso de conocer a Jesús, de ser cristiano, o le niegas una y otra vez? ¿Cuáles son los gallos que te denuncian tu negación, te despiertan y te hacen volver al camino de Jesús? ¿Alguna vez te has sentido mirado por Jesús con misericordia, como Pedro, y te has sentido perdonado?

Levántate, y no pidas su crucifixión ante Pilatos (Lc 23,13-25)

Pilatos convocó a los sumos sacerdotes, a los magistrados y al pueblo y les dijo: «Me habéis traído a este hombre como alborotador del pueblo, pero yo le he interrogado delante de vosotros y no he hallado en este hombre ninguno de los delitos de que le acusáis. Ni tampoco Herodes, porque nos lo ha remitido. Nada ha hecho, pues, que merezca la muerte. Así que le castigaré y le soltaré.» Toda la muchedumbre se puso a gritar a una: «¡Fuera ése, suéltanos a Barrabás!» Este había sido encarcelado por un motín que hubo en la ciudad y por asesinato. Pilatos les habló de nuevo, intentando librar a Jesús, pero ellos seguían gritando: «¡Crucifícale, crucifícale!» Por tercera vez les dijo: «Pero ¿qué mal ha hecho éste? No encuentro en él ningún delito que merezca la muerte; así que le castigaré y le soltaré.» Pero ellos insistían pidiendo a grandes voces que fuera crucificado y sus gritos eran cada vez más fuertes. Pilatos sentenció que se cumpliera su demanda. Soltó, pues, al que habían pedido, el que estaba en la cárcel por motín y asesinato, y a Jesús se lo entregó a su voluntad.

Ahora sí que se ha levantado todo el pueblo... Pero esta vez no para seguir a Jesús, como por los caminos de Galilea, ni para nombrarlo rey, como después de la multiplicación de los panes y peces... sino para pedir que lo crucifiquen... ¿Qué mal ha hecho? Hasta Poncio Pilatos se sorprende del odio y rechazo que ahora tienen por Jesús, los mismos que hasta hace pocos días eran curados de sus dolencias, alimentados con sus panes y le aclamaban "hosanna al hijo de David".

Quizá la gente se ha dejado influenciar por los enemigos de Jesús, quizá hayan pecado de superficialidad, de dejarse manipular por las autoridades,... no han querido implicarse en defender a Jesús... Dar la cara por Jesús en estos momentos, puede ser arriesgado. Y si todos gritan "crucifícalo", pues habrá que hacer lo mismo... así piensan muchos. Ya casi no le quedan discípulos fieles al Maestro: su madre, el discípulo amado, algunas mujeres y alguno más... pero son tan pocos, que no se les oye.

¿Dónde estás tú? ¿Qué es lo que gritas en estos momentos, das la cara por Jesús o te refugias en la masa, en lo más cómodo? Si Jesús es exigente con tu vida, si te cuesta ser cristiano en tu casa, trabajo o universidad, ¿quieres que Jesús habite en tu corazón, o le prefieres lejos... crucificado?

Levántate, y carga
con Jesús su cruz (Mc 15, 20-27)

Cuando se hubieron burlado de Jesús, le quitaron el manto de púrpura, le pusieron sus ropas y le sacan fuera para crucificarle. Y obligaron a uno que pasaba, a Simón de Cirene, que volvía del campo, el padre de Alejandro y de Rufo, a que llevara su cruz. Le conducen al lugar del Gólgota, que quiere decir: Calvario. Le daban vino con mirra, pero él no lo tomó. Le crucifican y se reparten sus vestidos, echando a suertes a ver qué se llevaba cada uno. Era la hora tercia cuando le crucificaron. Y estaba puesta la inscripción de la causa de su condena: «El Rey de los judíos.» Con él crucificaron a dos salteadores, uno a su derecha y otro a su izquierda.

Y Jesús se levantó... pero ya no podía ir donde quisiera. Estaba preso, condenado a muerte, y lo acababan de flagelar y coronar de espinas. Muchas veces lo habían aclamado como rey... lo que no nos esperábamos es que su corona fuese de espinas, y su trono, la cruz. Cargan una cruz sobre sus lastimados hombros, y le piden que la lleve hasta las afueras de la ciudad, para morir en ella.

Uno que pasaba por allí, llamado Simón, es obligado a cargar con la cruz de Jesús. Los soldados saben que difícilmente podría llegar hasta la cima del Calvario si no le ayuda nadie, y ellos no querían ayudarle, así que cogen a este campesino que casualmente pasa por ahí para que le ayude. En el camino con la cruz, habrá alguno más que se levante y acerque a Jesús: unas mujeres, su madre, la Verónica...

¿Dónde estás tú, en el camino de la cruz? ¿Con los soldados que condenan, la gente que grita, los indiferentes que miran...? ¿Con María que abraza, las mujeres que lloran, la Verónica que muestra amor?

Levántate, y con María
sé testigo de su muerte (Jn 19,25-30)

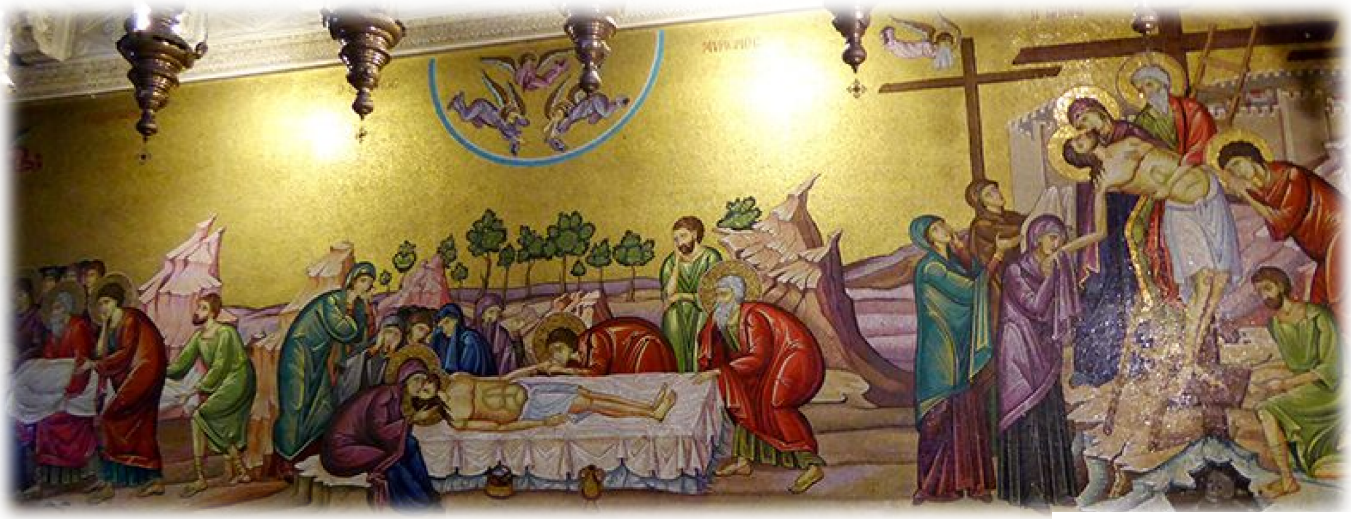
Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo.» Luego dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre.» Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa.
Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dice: «Tengo sed.» Había allí una vasija llena de vinagre. Sujetaron a una rama de hisopo una esponja empapada en vinagre y se la acercaron a la boca. Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo: «Todo está consumado.» E inclinando la cabeza entregó el espíritu.

Muy pocos han tenido la valentía de seguir a Jesús hasta la cruz. Solo algunos parientes y un par de discípulos. Seguir a Jesús al monte de las bienaventuranzas era fácil, seguirlo al monte Tabor era una suerte, casi un privilegio para unos pocos... ¡se estaba allí tan bien! Pero seguirlo a la roca del Calvario, donde todo suena a fracaso y soledad, ¡eso es muy duro!

María, su madre, nos invita a estar ahí, en silencio, acogiendo las últimas palabras de Jesús. Como hizo durante toda su vida, guardando en su corazón las palabras del Señor. Él lo ha dado todo, sus palabras, sus gestos... el reino de los cielos. Pero le quedaba una cosa más por dar a sus discípulos: ¡su madre!

Jesús, desde la cruz, nos entrega a su Madre. Y quiere que con ella permanezcamos en pie, levantados, muy cerca de la cruz. Para ser testigos de su corazón traspasado, la consumación del amor: Dios abre el corazón de su Hijo para alimentarnos con su sangre y agua, sacramentos de vida, y para que podamos entrar en su divinidad a través de él.

¿Dónde estás tú? ¿Con María, al pie de la cruz, o escondido como la mayoría de los discípulos? ¿Con Longinos y su lanza que atraviesa el corazón de Jesús, o debajo de la cruz para recibir el agua y la sangre de su corazón? ¿Con Dimas, el ladrón que arrebató el reino de los cielos a Jesús poco antes de morir, o con los fariseos, ciegos y sordos hasta el final?



Etapa RIETI. Franciscanos (PJV).
Madrid 2022. Para uso privado